

## CARTAS INÉDITAS DE MANUEL AZAÑA A JUAN JOSÉ DOMENCHINA

### I

Las cartas que publicamos aquí —facilitadas generosamente por la poetisa Ernestina de Champourcin, viuda de Domenchina—<sup>1</sup> recogen la correspondencia mantenida entre Manuel Azaña y el escritor Juan José Domenchina<sup>2</sup> en momentos muy significativos de la historia española del siglo XX y de la misma biografía del Presidente Azaña: el 16 de febrero, el 18 y 24 de marzo, el 1, 5, 15 y 27 de abril y el 3 de septiembre del año 1939 y el 10 de febrero de 1940.

Constituyen un conjunto de nueve cartas que han permanecido inéditas hasta ahora. Las siete primeras son autógrafas (la tercera y cuarta escritas en papel oficial con membrete de la Presidencia de la Segunda República Española); la octava y novena, mecanografiadas. Esta última, en la que se advierten erratas que dificultan su total comprensión, presenta una anotación final a mano.

Su publicación —que viene a incrementar el epistolario del Presidente sobre la guerra de España, incluido en el tercer volumen de sus *Obras Completas*<sup>3</sup>— pone de manifiesto los estrechos lazos de amistad entre Manuel Azaña y Juan José Domenchina, que encuentran su expresión en las diligencias llevadas a cabo por el autor de las cartas para acomodar al poeta en el exilio. Al mismo tiempo representa un interesante documento donde se reflejan las circunstancias adversas para los intelectuales españoles que se disponían a salir de España al final de la guerra civil (véanse las cartas n.ºs 1 y 7, y Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*, Torino, 1959; J. L. Abellán, *De la guerra civil al exilio republicano*, Madrid, 1982).

Las comunicaciones se inician el día 16 de febrero, a los pocos días de la partida de Manuel Azaña a Francia cuando la situación militar no permitía ya ninguna esperanza

---

1 Quiero expresar mi más sincera gratitud a ella, quien, además, me proporcionó interesantes datos biográficos y me prestó una valiosa ayuda en la transcripción del manuscrito y a D. Francisco Javier Pérez Bazo por su acertada orientación en el hallazgo de las cartas.

2 Juan José Domenchina nació en Madrid en 1898 y murió en México en 1960. En su ciudad natal hizo el bachillerato y la carrera de Magisterio, que nunca ejercería. Desde muy joven se inició en las tareas literarias y colaboró en periódicos y revistas tan importantes como *Los Lunes de El Imparcial*, *España*, *La Pluma* (fundada en 1920 por Manuel Azaña y Cipriano Rivas Cherif), *Revista de Occidente* y *El Sol* (donde ejerció la crítica literaria bajo el seudónimo de Gerardo Rivera). Al término de la guerra civil salió de España, que, en adelante, sería uno de los motivos fundamentales de su poesía. Aunque por su edad y formación puede incluirse dentro de la Generación del 27, a partir de 1947 su estilo experimenta un cambio y se inclina hacia la expresión de una humanidad más profunda. *Del poema eterno* (1917) fue su primer libro, al que siguieron, entre otros, *La corporeidad de lo abstracto* (1929), *Dédalo* (1932), *Elegías barrocas* (1934) y *Destierro* (1942). En 1948 apareció *Exul sombra*, el libro que señalaría otra ruta en la poesía de Domenchina y, posteriormente, *La sombra desterrada* (1950), *Nueve sonetos y tres romances* (1952), *El extrañado* (1948-1957), *Poemas y fragmentos inéditos* (1944-1959), publicación póstuma (1964), al igual que *El extrañado y otros poemas* (1969). En prosa escribió *El hábito* (1926), *La túnica de Neso* (1929), *El desorientado* (1937), *El diván de Az-ul-Agríb* (1946), *Crónicas de Gerardo Rivera* (1946), aparte de numerosos ensayos y artículos en diversos periódicos y revistas.

3 Manuel Azaña, *Obras Completas*, México, Ed. Oasis (1966-1968) vol. III, págs. 531-568. En lo sucesivo las citas textuales se harán por esta edición, siglada O.C., con indicación de volumen.

para el ejército republicano<sup>4</sup>. En ellas se retrata el perfil humano e íntimo del Presidente exiliado: las vicisitudes por las que atravesó, la incompreensión y el abandono de que fue objeto por parte de algunos amigos y compañeros en la acción política, el apoyo que recibió de otros, su visión de la desaparecida República y de la actuación de algunos de los políticos que formaron parte de ella (adviértase en las cartas n.ºs 7 y 8) y, sobre todo, la atención prestada a su oficio de escritor que contaba —como él mismo confiesa (véase carta n.º 7)— «con la hostilidad del demonio de la política».

Efectivamente, el papel histórico que Azaña desempeñó ha oscurecido con frecuencia su quehacer literario, cuyas cualidades, sin embargo, han reconocido tanto los defensores como los detractores de su labor política. Si ésta ha sido blanco de las opiniones más desiguales, el estilo literario de la prosa azañista es de innegable personalidad<sup>5</sup>. Pero la crítica sólo se ha acercado muy superficialmente al Azaña escritor<sup>6</sup> y, como en 1952 señalaba Domenchina<sup>7</sup>, profundo conocedor de la personalidad de su amigo, todavía no se ha hecho la justicia que merecen sus libros.<sup>8</sup>

La amistad entre los dos escritores comienza en el año 1923, en la tertulia del Café Regina (a la que se hace referencia en la carta n.º 9), frecuentada también por Valle-Inclán y Cipriano Rivas Cherif, entre otros. Aunque Domenchina no sentía entusiasmo por la actividad política —su amistad con Azaña fue puramente literaria<sup>9</sup>—, el ambiente del momento le puso en relación —según señala, C.G.

4 El 5 de febrero de 1939. A este respecto señala Manuel Tuñón de Lara: «Salió Azaña del territorio nacional, con su esposa y su cuñado, Martínez Barrio y Giral. Negrín le acompañó hasta el primer pueblo de Francia, donde fue recibido por un delegado del prefecto de los Pirineos Orientales. No ocultó Azaña que salía dispuesto a dimitir y que de ninguna manera volvería a la zona central. Aceptó, sin embargo, residir cierto tiempo en la embajada española en París para no obstaculizar los sondeos y eventuales negociaciones de paz» (*La España del siglo XX*, Barcelona, Ed. Laia, 1974, vol. 3, pág. 795). Azaña comenta su instalación, en esas condiciones, con cierto inconformismo en una carta a Angel Ossorio (Manuel Azaña, O.C., vol. III, pág. 552).

5 Éste es el juicio emitido por Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República*, Madrid, Editora Nacional, 1968, vol. IV, pág. 42; José Luis Cano, *Españoles de dos siglos* (de Valera a nuestros días), Madrid, Seminarios y Ediciones, S. A., 1974, pág. 235; José Montero, *El drama de la verdad en Manuel Azaña*, Universidad de Sevilla, 1979, pág. 61; el de la crítica recogida en las historias de la literatura de Max Aub (Madrid, AKAL, 1974, pág. 499) y Diez Echarrri y Roca Franquesa (Madrid, Aguilar, 1972, pág. 1284), y el de algunos autores del colectivo *Azaña*, Madrid, Edascal, 1980, págs. 83, 170, 196-7, 301-2, 355 y 393.

6 Sólo algunos autores, al realizar un estudio biográfico, se han referido a su faceta literaria, aunque de manera sucinta. En esta línea se sitúan los libros de Ernesto Giménez Caballero, *Manuel Azaña (profecías españolas)*, Madrid, Turner, 1975; Emiliano Aguado, *Manuel Azaña*, Madrid, EPESA, 1978; Juan Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1968; y Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, Barcelona, Grijalbo, 1979.

7 Juan José Domenchina, «Un entendimiento ejemplar: Don Manuel Azaña, escritor y político», *Universidad de la Habana*, publicación trimestral, n.ºs. 100 -103, 1952, pág. 258.

8 La obra azañista puede clasificarse en tres grandes grupos: el primero integrado por obras de carácter político, donde podemos incluir la *Memoria doctoral* de 1900, los artículos sobre la guerra española escritos en 1939, los firmados por «Martín Piñol», los que trataban de la guerra en Francia, los de la revista *España*, los manifiestos políticos o el estudio sobre la política militar francesa. En el segundo grupo incluiríamos las obras de carácter literario —de creación, de crítica o de tema literario—: los artículos de «Salvador Rodrigo» en *Brisas del Henares* y *Gente Vieja*, los de *La Pluma* (algunos firmados con seudónimo), los estudios sobre Valera, Cervantes, Borrow y Gánivet, un ensayo costumbrista sobre Madrid, relatos, novelas (*El jardín de los frailes*, de 1927, y una obra que la muerte —en 1940— no le dejó terminar, *Fresdeval*), el drama *La Corona* y *El entremés del sereno* (1930). Por último, el tercer grupo estaría constituido por obras que presentan una dificultad de separación entre lo político y lo literario: *Mi rebelión en Barcelona*, de estructura novelesca, *La velada en Benicarló*, de estructura dramática, las series de *Diarios* y de *Cuadernillos de apuntes* y las *Memorias políticas y de Guerra*.

9 Carta de Ernestina de Champourcin, 29 de abril de 1982.

Bellver<sup>10</sup>— con alguno de los grupos de ideología liberal en los que se gestó el nacimiento de la Segunda República Española y, más tarde, por obligación a sus amistades, aceptó ser secretario de Manuel Azaña cuando éste fue Presidente del Consejo de Ministros y en la oposición, desde octubre de 1931 hasta el mes de febrero de 1935. El estado precario de su salud no le permitió seguir en el puesto cuando Azaña fue elegido Presidente de la República, pero siguió cultivando su amistad. Posteriormente, desde enero de 1938 hasta el fin de febrero de 1939, estuvo junto a su amigo como Secretario del Gabinete Diplomático de la Presidencia de la República. Finalizada la guerra civil, las relaciones cordiales continúan hasta la muerte de Azaña (3 de noviembre de 1940). Domenchina se convierte, durante esta etapa, en uno de los destinatarios más idóneos —como se deduce del contenido de las cartas que presentamos seguidamente— de las inquietudes del estadista republicano. Le comunica los pormenores de su condición de exiliado y le manifiesta el interés en la publicación de sus libros fuera de España. El poeta los leyó atentamente e incluso dedicó algunas páginas de crítica a la obra de Azaña<sup>11</sup>.

El cuidado del Presidente de la República por sus escritos —precisamente en unas fechas cruciales de su carrera política y de su trayectoria biográfica— revela que sus preocupaciones de gobernar no postergaban su aplicación intelectual. En el caso de nuestro autor, el literato y el político son dos facetas de una única personalidad —cuya rica conjunción percibió Domenchina<sup>12</sup>— y, por tanto, apenas discernibles.

## II

En la presentación de las cartas que siguen a continuación hemos adoptado un criterio cronológico; así, los testimonios referidos se sitúan en el orden real en que acontecieron dentro del marco histórico. La intención de conseguir, por otro lado, la fidelidad más absoluta a los textos originales nos ha conducido a aclarar entre corchetes las expresiones dudosas que, en algunas ocasiones, ofrecía la caligrafía de Azaña.

### 1

Paris, 16 febrero 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

Mi querido amigo: acabo de recibir su carta. No creo, por hoy, de ninguna utilidad que venga usted a Paris. Aquí no dejan entrar a nadie más de 48 horas, y muchos que habían venido se han visto obligados a marcharse. Me parece bien que haya usted escrito a Langevin<sup>13</sup>, pero no tengo idea clara de lo que puede ser esa expedición de intelectuales. Tengo entendido que en Perpiñán funciona un comité, del que forma parte, o lo preside, Zuga, encargado de facilitar las listas de los que podrán ir a América. Se ha de presentar al comité una *ficha* personal (edad, profesión, lugar de nacimiento, etc.) y de la familia. Por de pronto, me ha parecido lo mejor hablar con Cassou, que con otros escritores franceses ha constituido un

10 C. G. Bellver, *El mundo poético de Juan José Domenchina*, Madrid, Editora Nacional, 1979, pág. 26.

11 Juan José Domenchina, *op. cit.*, y *Crónicas de Gerardo Rivera*, Edit. Centauro, S. A., Méjico, 1946, págs. 159-166 y 206-216.

12 Juan José Domenchina: «Un entendimiento ejemplar: Don Manuel Azaña, escritor y político», en *op. cit.*, págs. 256-257.

13 Escritor francés que, junto a Cassou —al que también alude Azaña en esta misma carta— y otros intelectuales, firmó, en los primeros meses de la guerra civil, la adhesión del Comité Internacional de Escritores a la causa republicana (Manuel Tuñón de Lara, *op. cit.*, vol. 3, pág. 581).

comité de auxilio a los escritores españoles. Escríbale. 53, rue de Rennes, Paris. Yo le he prevenido ya de mi interés por usted. Este comité ha proporcionado ya vivienda y algunos auxilios en metálico a varias personas. Si otra cosa se me ocurre, o se presenta, no dejaré de aprovecharla. Ignoro cuánto tiempo estará aún aquí. Espero que muy poco, y no sería extraño que esta pantomima parisién acabara malamente.

Con mis afectos para Ernestina, queda suyo buen amigo

Manuel Azaña

Mi mujer se quedó en Collonges, con el resto de la familia

## 2

La Prasle

Collonges-sous-Salève, 18 marzo 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

Mi querido amigo: Su carta *se ha cruzado*... con mi intención de escribirle. Quería saber de ustedes y algunas noticias. Se ha adelantado usted a colmar mis deseos. Me llena de optimismo que el coronel mexicano haga el debido aprecio de la capacidad *docente* de usted. ¿Por qué no? Ese podría ser un camino, bien entendido que está usted obligado a proclamar en el Anahuac que Valbuena Prat no es un gran historiador de nuestra literatura.

Me ha dado mucha lástima el triste fin de Marcelino<sup>14</sup>. No es difícil imaginarse las cosas que habrá usted oído en la fúnebre escena a la que alude. La condición de diplomático se le nota a usted en la prudente reserva de sus referencias. No menos que en la de las opiniones recogidas entre la gente política de por ahí, y que usted resume piadosamente en que mi actitud los ha «decepcionado». Bien. Lo importante es que usted no se haga mala sangre por eso, ni lo tome muy a pechos. Déjelos cacarear, y a otra cosa. No tengo el menor propósito de explicar nada, ni de justificar nada. Cuando ocupaba una posesión política activa, era inexcusable hablar y escribir para dejar las cosas en su punto; las que habían pasado, las que podían pasar. Ahora ya nada de eso me interesa, y no siento el menor estímulo para «orientar la opinión»...

Eso no quiere decir que no vaya a publicar algunas cosas. Tengo aquí, pendientes de firma (a falta de entenderme con los traductores) los contratos con Gallimard para la edición francesa del Jardín de los frailes (¿qué título le daremos, que no sea versión literal?), de La velada en Benicarló, que usted me oyó leer, y de algunos tomos de mis «Memorias políticas y de guerra». El primero en publicarse sería el «Cuaderno de la Pobleta», que corresponde al año 37. Es posible que trate también con algún editor inglés, para lo mismo. Mi propósito no es polemizar, ni criticar a nadie, sino proveer de información a los que quieran conocer la verdad, tal como yo la he entendido, y valga lo que valiere. En fin, como si me hubiese muerto, que a eso equivale publicar, en vida, unas memorias políticas.

No pasa día sin que lleguen noticias desconsoladoras de muchos buenos amigos. Es horrible. En cambio, otros guardan un silencio en el que nunca hubiera creído, si me lo hubiesen dicho.

Mis afectuosos saludos a Ernestina. Muy suyo

Manuel Azaña

Las señas de Sindulfo son

12, rue Charles Amans  
Montpellier (Hérault)

## 3

La Prasle

Collonges-sous-Salève

24 marzo 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

Querido amigo: le escribo a usted de nuevo, esta vez interesadamente. Tengo que pedirle un pequeño servicio. Ahí en Toulouse están depositados hace tiempo restos de ediciones de mis libros y la edición ul-

<sup>14</sup> Marcelino Domingo, ministro de Instrucción Pública en el Gobierno que presidía Azaña.

tima casi entera del *Jardín*. El depósito se halla en unos locales de que es propietaria Mme. Rigal (prima de Bolívar). Vive n.º 1, rue du Poids de l'huile. La autoridad militar avisa que requisará aquellos locales en caso de movilización. A Mme. Rigal se le deben cuatro o cinco meses de alquiler, a razón de cien francos.

Lo que yo desearía de su amabilidad es, 1.º, que de esos mil francos que le envío, pague mi deuda con Mme. Rigal. 2.º, que vea usted si puede encontrarse en Toulouse un sótano, guardilla, o cosa análoga, donde meter los libros, hasta que yo vea qué se hace de ellos; por ejemplo, quemarlos. Si lo encuentra, lo alquila, y ordene y contrate el traslado.

Me sabe mal cargarle esta tarea, pero es ud. el único que puede poner interés en ella. Se lo agradeceré mucho. También le agradeceré que me escriba, aunque no haya noticias que darme, de vez en cuando.

Otra cosa: el Doctor Bellido me escribió una carta muy afectuosa. Quisiera contestarle, como es debido, y además porque es persona de mi estimación. Pero se le olvidó decirme sus señas. Si usted lo ve, como es probable, dígaselo. Y dígame a mí dónde vive el Doctor Bellido.

¿Qué hay del asunto de usted?<sup>15</sup>

Mis afectuosos saludos a Ernestina. Muy su afmo. amigo

Manuel Azaña

4

Collonges-sous-Salève, 1 de abril de 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

Querido amigo: acabo de recibir su última carta. Otra había llegado durante mi viaje a París. He estado allí una semana tratando del asunto de mis ediciones, de que le hablé a usted en mi anterior. Un proyecto más vasto (creación de un *rayon* español en las ediciones Gallimart, en el que usted hubiera podido hacer algo), no cuaja. Desde luego, haré las recomendaciones mexicanas que a usted le interesan. De su resultado es permitido dudar un poquito. Vea usted: hace un mes escribí a Basols<sup>16</sup>, que en París se me había mostrado muy servicial, pidiéndole que transmitiese al Presidente Cárdenas<sup>17</sup>, precisamente, mi interés excepcional por Manuel de Rivas Cherif<sup>18</sup>, que necesita un puesto para trabajar. No he tenido respuesta, ni siquiera acuse de recibo. Ya sé que Basols está en México, y eso podría ser una explicación. Pero se echa de ver que no ruedan por mí, como suponen J. de la Encina y Saez (¿Quién será este Saez? ¿El de Costa-Rica?). De Prieto nada sé. No me ha escrito, aunque escribe a otros, por ejemplo, a Barcia. Prieto es quien se ha llevado a México a Sánchez Román. De todos modos, y por lo que valga, haré cuantas gestiones sean posibles, e inmediatamente. Quizá la más útil de todas sea mi recomendación mediante el Sr. Favela, ministro de México en Ginebra, muy buen amigo nuestro, a quien espero ver hoy o mañana. Favela (o Favela), tiene *recogidos* en su casa a Pérez Rubio<sup>19</sup>, Pepito Giner y una sobrina de Ramón Gómez de la Serna, que han traído los cuadros del Museo a Suiza y a quienes el gobierno Negrín dejó abandonados en la calle, sin más. Favela tiene además a dos huérfanos españoles encontrados en una

15 Se trata de la obtención de un puesto de trabajo para Domenchina en la Casa de España, según se deduce de la afirmación de Azaña (O.C., vol. III, pág. 536). El proceso seguido para su consecución puede observarse en las cartas n.ºs. 4 y 5 y en la 6 su resultado positivo.

16 Diplomático mejicano que se encargaba en París de los documentos de los españoles que se dirigían a Méjico.

17 «El único Gobierno que se declaró públicamente contra el acuerdo [que consistía en la prohibición de enviar armas en ayuda de la República durante la guerra civil española] fue el de Méjico, presidido por Lázaro Cárdenas» (Manuel Tuñón de Lara, *op. cit.*, pág. 579).

18 Cuñado del autor de las cartas, a quien éste colocó en la Casa de España en Méjico (Manuel Azaña, O.C., vol. III, pág. 536).

19 Timoteo Pérez Rubio, el Pintor casado con Rosa Chacel.

carretera<sup>20</sup>. Un hombre así creo que *echará el resto* cerca de su gobierno, en cuanto sepa de qué se trata. Otras gestiones que he hecho en favor de dos amigos, cerca del Presidente de Colombia, tampoco han servido de nada. En Colombia, quien tiene influencia es Martínez Dorrién. En suma, yo haré en apoyo de usted, cuanto sepa y pueda.

Pague usted el seguro de los libros y resuelva sobre su instalación lo que estime más conveniente. Me dice ud. que es muy oportuno «por todos conceptos», que haya liquidado con Mme. Rigal. Le agradeceré infinito que me aclare usted eso. No me diga las cosas a medias. Cabalmente, tengo interés en despejar una situación que empezó por parecerme increíble, y que sigue siendo, de confirmarse mis sospechas, inadmisibles. Quizás, con lo que usted puede comunicarme, sabré lo que pasa. No me niegue usted este servicio del que usará con la discreción sabida, dadas *mis condiciones de gobernante*. Ya le decía en otra carta que no sea usted tan verecundo, y hágase la cuenta de que hablamos con la franqueza que siempre hemos gastado entre nosotros para todas las cosas y personas. En el caso de que se trata, mi interés por aclarar la situación es excepcional.

Es muy su afmo. amigo

Manuel Azaña

5

Collonges-sous-Salève 5 abril 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

Querido amigo: le devuelvo la carta del bibliotecario de la Universidad, llegada hoy. ¡Qué vamos a hacerle! No comprendo qué puede haber salido de la más amplia información, cerca de Mme. Rigal, para que esos señores desistan. En todo caso, no me importa. Lo único que siento es que usted se moleste, sin resultado.

Lo del cablegrama ya se hizo. Me ha parecido mejor enviárselo yo a Prieto, después de hablar con Favela. Veremos lo que resulta. Le escribo también, por avión, con las ampliaciones y argumentos que no caben en un radio. En eso, y en cualquier otro servicio que yo pueda prestarle, me tiene a su disposición.

Estoy buscando casa, más hacia el centro de Francia. Ésta no nos conviene por ningún concepto, y el clima es insuportable. Si encuentro algo que pueda ser relativamente definitivo, me llevaré todos los libros de Toulouse, y así descansarán todos. Que Bolívar está «molesto, quejoso o dolido», como usted apunta, ya no lo dudo. Ignoro por qué. Debe ser por algo muy grave, para que Bolívar se olvide de todo lo que se olvida, y para que ni su mujer ni su hermana contesten a las cartas de Lola<sup>21</sup>. Debe ser muy grave, pero no caigo en ello. Ni me pertenece pedir explicaciones. Ni siquiera indirectamente. De modo que punto y aparte.

No tome usted a reproche, ni menos con carácter retroactivo, lo de decirme las cosas a medias. Me refería exclusivamente al caso actual, en el que, por motivos respetables, podía usted haberse creído obligado a no contarme todo lo que supiera. Eso era lo que quise decirle. Escribiéndole a usted, me dejo llevar de la costumbre de enredarnos en consideraciones ético-psicológicas sobre los prójimos (prójimos en Cristo, que murió en cruz por todos los pecadores). Ahora podríamos disertar sobre las consecuencias de que todo el mundo me hubiese hablado con la misma claridad que usted. ¿Cree usted que las cosas hubiesen pasado de otro modo? Yo lo dudo, porque ni *las cosas* mismas, ni mis pasos en la tierra han dependido mucho de lo que otros me decían, con más o menos franqueza. Pero esto lo dilucidaremos mano a mano, en una profunda conversación que seguramente tendremos cuando, pasadas las angustias presentes, podamos filosofar sobre nuestra experiencia.

Cuando le sea posible y le fastidie demasiado ese ambiente, escríbame.

Es muy su afmo. amigo

Manuel Azaña

20 Sucesos relatados en la carta a Angel Ossorio (Azaña, O.C., vol. III, pág. 549).

21 Nombre con que se llamaba familiarmente a la mujer de Azaña, Dolores Rivas Cherif.

La Prasle

Collonges-sous-Salève,

15 abril 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

Querido amigo: recibí su carta anti-tolosana, y hoy otra, con las últimas noticias que le envían de Méjico. Me parece que yo las tengo mejores. El sábado pasado, Barcia recibió un cable de Prieto, contestando al mío, en el que adelanta impresiones muy buenas acerca del asunto. Prieto no se ha dirigido a mí directamente porque aún no sabe mis señas, pero supongo que las sabrá de un día para otro, porque le envié una carta explicándole detalladamente el caso y todas las razones que recomiendan su resolución favorable. Espero que en cuanto conozca mi dirección me dará cuenta de lo que ha conseguido. En el telegrama a Barcia no lo concreta, pero indudablemente hay algo. Como yo soy pesimista, no me entrego fácilmente a la confianza y hasta que no sepa de un modo terminante que las cosas van bien, prefiero no forjarme ilusiones prematuras. Por esta disposición mía le he privado a usted durante 48 horas de este comienzo de buenas noticias. Quizás he hecho mal. Lo positivo es que Prieto se ocupa de mi encargo y que cree resolverlo. No es poco. De todos modos no hay ahora nada que hacer [*o bien puede decir: «tratar»*] con el Sr. Basols. Por una parte, él no resolverá nada, y la instancia está presentada por mejor vía. Por otra, no conviene otra gestión paralela a la que hacen allí, y que parecería redundante. Lo mejor, a mi juicio, es aguardar, con la tranquilidad posible, la resolución definitiva. No creo que tarde mucho.

Celebro que se haya encontrado alojamiento para los libros. Para mí quisiera encontrarlo también. No puedo, en cifras, resolverle a usted la duda de las gratificaciones, porque eso depende mucho de la costumbre del lugar. Dependerá también del n.º de viajes que hagan. Siempre serán más de uno. Lo mejor es que, sin diplomacia alguna, se lo pregunte usted por derecho a cualquier persona que se haya mudado de casa alguna vez, o mudado sus libros, si los tiene. Podrían asesorarle Sermet o Soula<sup>22</sup>. ¿Conoce ud. al librero Trentin? O, si no, la propia Mme. Rigal. De todos modos, no es problema. Lo que usted haga, estará bien.

No le escribo más largo porque tengo un dolor de cabeza como para mí solo.

Afectuosos saludos

Manuel Azaña

La Prasle

Collonges-sous-Salève

27 abril 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

Querido amigo: No, no ha escrito usted a Manolo<sup>23</sup> avisándole de la llegada del giro; pero lo mismo da, porque no habría temor de que se hubiese perdido. No, no me ha contestado el Sr. Basols, ni espero —y casi ni deseo— ya que me conteste [*ininteligible*]: el Sr. Reyes<sup>24</sup>, consejero o Srio. [*abreviatura de «Secretario»*] de la Legación, que durante nuestro último viaje a París, se mostró finísimo y servicial con Cipriano, tampoco ha contestado a una carta que le escribí sobre todos estos asuntos. Conocía el viaje proyectado del Dr. Márquez<sup>25</sup>, pero ignoraba quiénes eran sus acompañantes. Márquez escribió hace días a mi cuñado Manolo diciéndole que había una lista de 200 intelectuales para la primera expedición, en la que mi cuñado estaba incluido. Se le ha preguntado a Márquez si entre los 200 figura usted, para darnos cuenta del efecto producido por mi cable y carta a Prieto. Aún no ha contestado. Mi cuñado tiene la intención de no esperar a la expedición colectiva, y tratará de embarcar antes, por más que hoy nos ha dicho Fabela que por el pánico reinante, todos los pasajes están tomados hasta julio.

22 Catedráticos de la Universidad de Toulouse. Allí permaneció Domenchina tres meses antes de salir hacia Méjico.

23 Manuel Rivas Cherif.

24 El escritor mejicano Alfonso Reyes.

25 Manuel Márquez, catedrático de la Universidad Central, médico oculista y maestro de Manuel Rivas Cherif.

La solución definitiva del [*puede decir: «ab»*] caso de usted ha de venir del propio Méjico. No me sorprende que Prieto telegrafiase a Barcia, y no a mí, en respuesta al cable, porque como creo haberle dicho, ignoraba mi dirección personal. Pero ya ha tenido tiempo de contestar, por correo aéreo, a la carta que le escribí el mismo día, y esa tardanza me extraña.

Celebro mucho que se haya resuelto lo de mis libros. Si las ratas se los comen, reventarían. Le agradezco todas sus diligencias. Probablemente estoy ya en deuda con usted, por los gastos causados, entre los que ha de incluirse la liquidación de alquileres con Mme. Rigal. No deje de decirme enseguida lo que debo enviarle.

Conozco muy bien a Benavides, siempre hemos sido muy amigos, y en todos los cargos que ha ocupado acertaba a servir bien. Tengo idea de haberle escrito no hace mucho, pero no estoy seguro, porque con el barullo de correo que tengo, no sé a quién escribo y a quién no. El joven estudiante de que ud. me habla, me revienta. Dentro de algunas semanas si la [*ilegible*] última guerra en defensa de Madrid no lo impide, tendrá pretextos para hablar de mí menos bien. Ce sera autant de gagné? Hay que sacudirse hasta el polvo de las sandalias.

Desconozco la carta de Araquistáin a Martínez Barrio. ¿De qué se trata? Si, como usted dice, se espera que provoque una respuesta de Negrín, me parece que ya la ha dado, porque, según noticias de Esplá, Negrín y Méndez Aspe se embarcaron ayer en el Normandie para Nueva York. ¡Allí se las den todas! En el mismo barco viaja Don Augusto... Me cuentan, por otra parte, que hay un documento de Prieto a la Diputación Permanente de las Cortes, acusando a Negrín. De qué le acusan, lo ignoro. Acompañan al documento los telegramas cursados entre los dos, muy violentos, según referencias. Pero nada me consta positivamente.

Prosiguen por buen camino mis gestiones para encontrar otra casa. Si llegan a colmo, trasladaré mi residencia de Poitou, en una casona aislada en unos bosques y tierras de labor, bastante capaz para poder reunirme con los libros y papeles que aún [*ilegible*] están en Montpellier y trabajar en serio, quiero decir, con constancia. Temo que esta sana determinación, algo tardía, se vea frustrada por esa guerra<sup>26</sup> que todos los *observadores* y *portavoces* del mundo dan por inminente, porque mi aplicación literaria cuenta con la hostilidad del demonio de la política.

Muy suyo

Manuel Azaña

8

La Prasle

Collonges-sous-Salève

3 de septiembre 1939

Sr. D. Juan José Domenchina

México

Querido amigo: tuve la satisfacción de recibir la carta en que me contaba usted su viaje y sus primeras impresiones de Nueva España. Diversos motivos han ido retrasando el placer de escribirle. Ahora tengo que hacérmelo yo todo, empezando por la inacabable correspondencia con el sin fin de españoles emigrados que me escriben, unos (los menos), en demanda de protección que no está a mi alcance proporcionarles, otros, por puro afecto. Cuanto más humildes, mejor espíritu. Es admirable. ¡Lástima que se haya aprovechado tan mal! He estado sumergido en un piélago de papeles, para ordenar un archivo que ha padecido ocho mudanzas, no obstante lo cual, aún no se ha dispersado enteramente. He trabajado en la preparación del libro que acaba ¡en qué ocasión! de publicarse en París y en la preparación de otros dos. Con todo esto, muchas de mis cartas personales han ido quedándose *para mañana*. Ya se hará usted cargo.

Creo comprender que no está usted descontento. Mucho celebraré que sus proyectos lleguen a colmo y que el viaje a New York sea fértil en gloria y provecho. Espero con impaciencia ese libro biográfico<sup>27</sup> que me anuncia. Me han llegado los de otros residentes en la Casa de España: de Salazar, Moreno Villa, Canedo y el de Reyes. Supongo que a estas fechas, ya habrán recibido todos ustedes el que acabo de

<sup>26</sup> Se refiere a la Segunda Guerra Mundial.

<sup>27</sup> Domenchina escribió una serie de textos acerca de la figura del Presidente de la Segunda República, que se publicaron en forma de artículos en una revista de Méjico. Actualmente se encuentran en la Universidad de Wyoming.

publicar en Buenos Aires y que usted ya conoce<sup>28</sup>. En realidad, lo que les envían es un hermoso libro de erratas. Más de 70 he contado en las 187 páginas de la obra. Algunas de ellas son atroces, insalvables por «el buen sentido» del lector, porque me hacen decir lo contrario de lo que yo he escrito. Les he mandado también ejemplares de la edición francesa, que está mucho mejor. Lo probable es, visto lo que sucede, que las demás publicaciones queden interrumpidas.

En el tiempo transcurrido desde su carta, aquellas disensiones entre los personajes de la finada república, han hecho crisis, y parece que se marca una orientación mejor. A mi parecer, la posición justa es la de Prieto. En el fondo, todos lo reconocen así, salvo los que por el «vil interés» han vendido su estampa (alma, no tienen), al diablo. Incluso lo reconocen algunos que, en las primeras semanas de emigración, prosiguiendo su innoble conducta del tiempo de guerra, se doblegaron a las amenazas o a los halagos de su amo. Han rectificado cuando las voces de Prieto les han hecho comprender que *no estaban solos*. Estas cuestiones, y algunas otras muy insignificantes, puramente personales, me han brindado ocasión de ampliar mis experiencias sobre la calidad de ciertos hombres, poniendo en mayor escala lo que ya se observó en octubre de 1934<sup>29</sup>. He visto casos notables, de tan candoroso cinismo, que hace reír. Como el de un niño sin malicia que se pone a hacer pipi delante de gente. Algunas personas, (pocas, por suerte de las demás), arbolan por lema adecuado a su categoría aquella descomulgada *saeta* de semana santa: Yo no conozco a ese hombre, ni su discípulo fui. Renegando a deshora, saben de sobra que no habrán de llorarle, porque el gallo no cantará más. No necesito decirle a usted que estos ejemplos no me entristecen; todo lo contrario. Son profundamente cómicos, como lo apreciaría usted si fuese a referirselos uno por uno.

La radio le habrá hecho saber a usted al mismo tiempo que a nosotros la declaración de guerra. Este enorme suceso nos llega a esta soledad campestre, ateniéndose a la cual, parece que nada pasa en el mundo. Mi impresión sobre la actitud de este país, es buena. La moral, excelente. Todos comprenden que la tarea es durísima, pero se disponen a llevarla a término con calma y firmeza. Es una moral basada en la exacta comprensión de las circunstancias, es decir, en la inteligencia. No hay voces ni alharacas. A mi parecer, están mucho mejor preparados que en 1914, en todos los órdenes. Lo que hace falta es que no salga luego un profesor puritano para esterilizar la victoria. Espero que nuestro país no cometerá la locura de ser beligerante<sup>30</sup>. Lo único que le faltaba a España era una guerra contra Francia e Inglaterra, las dos únicas potencias que pueden aniquilarla. Neutral y todo, España lo pasará muy mal durante la guerra, tanto para alimentarse como para trabajar. Ahora nadie estará en condiciones de suministrarle nada de cuanto necesita, empezando por los créditos. No faltará allí gente para alegrarse de que estalle la guerra general. Son así. Pensarán que su miseria disminuye si los demás también se arruinan. Una idea semejante estuvo muy en alza durante la otra guerra, a lo que yo respondí pidiendo la implantación universal del «patrón calderilla». Después de todo, eso es lo que han hecho con el país. Quedarse tuerdos para cegar al enemigo. Como no sea que hayan perdido también los dos ojos.

Ignoro si tendremos que cambiar de residencia. No sé, en tal caso, qué suerte correremos.

Escribame usted de cosas y personas. Cuénteme algo de ese pequeño Madrid que han instalado ustedes en Méjico. El otro, el verdadero, no puede estar peor.

Quisiera saber también si ahí existe alguna editorial con la que pudiera tratar en serio sobre la publicación de algunos libros, y qué perspectivas ofrece el asunto.

A don José Giral le escribí contestando a su primera carta. Después le he mandado otra por correo ordinario. Dêle un fuerte abrazo de mi parte. Espero escribir un día de estos a Díez Canedo. Salúdele entretanto de mi parte, y a los demás amigos. Mis afectuosos recuerdos a Ernestina. Su amigo de siempre.

Manuel Azaña

A Manolo, que estén tranquilos. Los correos serán ahora más lentos.

<sup>28</sup> *La velada en Benicarló*, publicado en la Editorial Losada.

<sup>29</sup> Fecha de la detención de Azaña en Barcelona por orden gubernamental. Los sucesos se narran en *Mi rebelión en Barcelona*. Ante el hecho firmaron un escrito de protesta una larga serie de intelectuales, artistas y científicos del momento, pero la censura no permitió que el documento apareciera en los periódicos de Madrid (Azaña, O.C., vol. III, págs. 25-26).

<sup>30</sup> Manuel Azaña dedicó al tema el artículo «La neutralidad de España» (O.C., vol. III, págs. 525-530).

Pyla su mer (Gironde)  
32, boulevard de l'Océan

10 de febrero de 1940

Señor Don Juan José Domenchina  
México

Querido amigo: Tengo a la vista una carta de usted, del 7 de noviembre. No sé si hay alguna posterior, también sin contestar. Esta duda le hará a usted adivinar la confusión de mis papeles y el admirable desorden con que llevo la correspondencia. Sobre mi mesa gravitan dos abultadas carpetas con cartas de todas las procedencias y que abarcan, por sus fechas, un período histórico, o sea desde el descubrimiento de América hasta nuestros días. Unas proceden de los confines del desierto de Sáhara, otras de los entresijos andinos sin contar las de este continente europeo. Acabaré por ser «Cartero Mayor de la Dispersión», como el doctor Thebussen lo fue «del reino». Con decirle a usted que hasta Don Luis de Zulueta me ha escrito desde Bogotá (a donde llegó de un salto, sirviéndole de trampolín la colina vaticana), se formará usted una idea aproximada de mis tareas. Espero salir con bien de todo esto, y me pondré en regla antes de que sea restaurada la Constitución del 39 para someternos (respetuosos con las decisiones del sufragio universal) a un plebiscito.

En esta costa ostrícola, derramados por el gran pinar (donde el termómetro no desciende más que a 12 grados bajo cero), vivimos unos cuantos emigrados, repartidos en cuatro familias: la mía; la de Montilla, con su esposa e hijastros, la del señor Begoña, a quien Canedo conoce mucho, y la de Miguel Salvador, o sea su esposa (ex-madame Zancada) y un hijo. Montilla representa el optimismo, de fuerte raigambre navarro-riojana. Begoña me trae referencias directísimas del gran turco Kemal, cerca de quien fue representante mío; pero yo me niego a admitirlas y me atengo a nuestro clásico *Viaje de Turquía*. La señora de Salvador representa al *Blanco y Negro*. En Burdeos hay muchísimos españoles, bastantes de ellos establecidos allí desde hace años. Algunos habían querido organizar excursiones en autocar para venir a verme. Les he hecho desistir, porque el suceso, inofensivo en sí mismo, habría sido, en las circunstancias presentes, muy indiscreto. Pero he tenido la importante visita del ministro «náufrago»<sup>31</sup>, en compañía de una agraciada señorita, con la que aspira a casarse legalmente y emigrar a América, con el oneroso cargamento de su erudición. Pero América, tan bella como dicen que es, adolece del gravísimo inconveniente de «carecer de Edad Media». La señorita nos es hostil, y así tuvo la gentileza de decirselo a mi mujer. En cuanto a su futuro, empeñado desde hace más de tres años en justificar una posición inadmisiblemente, volvió a las andadas, a pesar de los badilazos que ha recibido, y tuvimos una «función» bastante amena. Lo siento mucho, pero el ser o llamarse amigo mío, no puede hacerme olvidar ni menos justificar lo que en tiempos difíciles estuvo mal hecho.

El romance que me copia usted en su carta, ha gustado mucho. Se hacen cábalas sobre el autor. Pero yo me he guardado de aventurar ninguna hipótesis. Algunos más habrían de escribirse, sin salir del género femenino. Por ejemplo, en París está una ilustre viuda, que pone cátedra de civismo, y de cinismo, epílogo apropiado al texto de la obra. Y otras hembras, nada placenteras, circulan, que eclipsan las unas a Pentestilea, las otras a la dueña Doña Rodríguez. Alguna fase cómica había de tener esta abundancia de desventuras.

De los amigos por quienes usted me pregunta, tengo noticias de Menéndez<sup>32</sup>. Se marchó a Bogotá con su mujer, sus hijas, y el sobrino, hijo de Arturo. Aquí se quedaron la viuda de Arturo y la hija, enferma. Como los subsidios se acaban, han resuelto marcharse a España. Saravia sigue en Eguilles. Su yerno se repatrió y está preso. Parra me escribe desde Buenos Aires, con malas impresiones sobre su suerte inmediata. Parece, en cambio, que el austro es favorable a la elocuencia y que el verbo irrestañable de algunos de nuestros mejores tribunos rompe todos los diques. De Ayza nunca he sabido nada. A Riaño dígame que le escribí a sus señas de Santo Domingo, no sabiendo que su traslado a Méjico fuese tan inmediato. Supongo que le hubieran reexpedido mi carta. Viqueira y López Gómez continúan de obreros en una fábrica. A Santos ya le habrá usted visto ahí. Es de suponer que ahora la emigración a América se reducirá, sobre todo entre los mayores de 18 y menores de 48 años, sujetos a las prestaciones.

Desde diciembre aguardo en vano una carta de Losada para saber qué hace con mis otros libros. No estoy obligado a guardarle más consideraciones. Si el señor Cosío Villegas quiere editar dos o tres cosas

31 Posiblemente Azaña aluda a Claudio Sánchez Albornoz, prestigioso medievalista, que fue ministro de Estado en el primer gobierno de Lerroux, el 12 de septiembre de 1933 y en el que presidió Martínez Barrio, formado el 8 de octubre del mismo año.

32 Azaña comenta la situación por la que atravesó este amigo suyo hasta la llegada a Colombia en la carta a Ángel Ossorio (Azaña, O.C., vol. III, pág. 536).

mías, podríamos reimprimir Plumas y Palabras, después La invención del Quijote, y finalmente un libro nuevo, que pudiera ser una colección de escritos nunca reunidos en volumen, a los que pondría un prólogo extenso y les añadiría algo enteramente inédito. No me atrevo a ofrecer todavía el Valera. Todo el material acumulado pacientemente para completar esa obra se me ha perdido, sin esperanzas de recobrarlo ni posibilidad de rehacerlo, estando fuera de España. No obstante, todavía puedo aprovechar más lo que tengo y perfeccionar algunas partes de la obra, que de todos modos ya no podrá ser como yo quería. Ese trabajo requiere algunos meses, y ahora importan más otras cosas. Con estas indicaciones, ya podrá usted hablar con Cosío y decirme lo que ofrece. No sé si les interesaría reeditar La Biblia en España, agotada. ¿Usted no es «senequista»? Dicen que harán grandes cosas.

El asunto de mi librito ya se ha hecho viejo para hablar de él. No atribuya usted al entontecimiento de la guerra el hecho de que algunos me guarden cierto rencor. Sé que ha sentado bastante mal. No esperaba yo menos. He leído algunos articulillos, y he recibido informes muy directos. Incluso tengo el artículo que un catalán ha publicado en Méjico, afirmando que soy el mayor enemigo de Cataluña... Algunos me han escrito, por ejemplo, don Roberto Escribano. Quizás usted conozca la opinión de este amigo. Lo que no conocerá es la respuesta que le he dirigido<sup>33</sup>. Es una lástima. Ya contaba yo con todo eso. Y ya verá usted cuando se publiquen otras cosas. No pretendo tener más razón que nadie. Digo lo que pienso, y lo pruebo. Es vano contestarme con palabras huecas. ¿Y el libro biográfico que iba usted a publicar? Algo habrá ocurrido que usted no me cuenta. A mí se me puede decir todo. Siempre se ha podido (por lo menos, usted), y a estas alturas, ¡figúrese usted! Me satisface, me rejuvenece, volver a los tiempos en que yo estaba al margen, incluso en la tertulia del Regina, cuando José Miguel exhibía el último número de la N.R.F. y yo no tenía *vitola*. Arrepintámonos juntos de no haber promulgado la ley de idiotas.

¿Y usted qué hace, qué escribe, qué publica? ¿Y aquella excursión a Nueva York de que me habló? ¿Cómo se cotiza ahora el lirismo? ¿Y el psico-análisis? ¿Y la política de masas? No haga demasiado caso de mi tardanza en escribir. Afectuosos saludos de todos, y un abrazo de su buen amigo

Manuel Azaña

La máquina ha tenido la bondad de descomponerse.

Perdone las  
faltas

M.ª ÁNGELES HERMOSILLA ÁLVAREZ

<sup>33</sup> Carta de Azaña a Roberto Escribano del 25 de Enero de 1940 (Azaña, O.C., vol. III, págs. 557-559).